

Serafin J. García
(1905 - 1985)

José Ma. OBALDÍA

«...Es el único que en el paisano ha visto al proletario;
y en el campo, el escenario de un drama reivindicatorio.
Este rasgo le singulariza aún entre los poetas no-nativistas;
pues la poesía de tendencia social revolucionaria no ha tenido
adeptos, después de aquellos, resonantes,
de la generación anterior: Vasseur, Frugoni, Falco.
Apareció cultivando el criollismo del lenguaje gauchesco y tono
sencillo, popular. Su primer libro, «Tacuruses», obtuvo gran
suceso editorial...»

ALBERTO ZUM FELDE

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY 1941.

«Serafin J. García. Nació en Cañada Grande (Depto. de Treinta y Tres) siendo sus padres don Serafin García y doña Sofía Correa. Reside en Montevideo». Con esto, seguido de la enumeración de cuatro obras ya publicadas entonces, encabezó don Serafin el cuento suyo que incluyó en *Panorama del Cuento Nativista del Uruguay*, obra encargada por la Editorial Claridad, del mayor y más sólido prestigio rioplatense en la época. Corría el año 1943 y las mismas palabras habían aparecido al frente de algunos poemas suyos en la gemela, que contenía su «Panorama de la Poesía Gauchesca y Nativista del Uruguay», publicada dos años antes y parte del mismo encargo.

Ya corrían ocho desde la primera edición de *Tacuruses* y la habían seguido varias, porque la acogida recibida así lo había exigido, anunciando lo que en breve se diría de su autor al afirmar que era el poeta vivo más leído de nuestra tierra. El propio encargo de «Claridad» era pauta evidente del sitio de alto aprecio que ocupaba don Serafin, especialmente por *Tacuruses*, en los ámbitos de estima de la creación poética que nacen y se instauran en la gente, muy por fuera de los de la crítica y el estudio, extendiéndose hasta límites remotos en el sentir popular y calando profundo en el mismo.

Sin embargo él, de sí mismo, sólo encontraba notas válidas para anunciar, el lugar de su cuna – un rincón perdido en la desolada campaña de Treinta y Tres – el nombre de sus padres y el sitio de su vivienda. Nada más de lo suyo o de la que ya llevaba hecho le merecía mención o lo juzgaba insuficiente como motivo de interés. Esto resulta llamativo hasta permitir pensar en una actitud meditada buscando una aparente modestia, sostenida con firmeza total, que lo lleva a expresarse de sí con una parquedad

estricta. Pero no era así en absoluto, sino que se trataba de una insólita sí, hasta llegar a lo dudable, pero genuina modestia. De tanta pureza como solidez y que latiría en él, como su corazón, toda la vida.

Tanto es así que la encontraremos incambiada en las ya últimas páginas que escribiera, como debieron serlo seguramente las de sus *Primeros Encuentros* que editó «Arca» en noviembre de 1983 – él moriría en abril de 1985 – en cuyo prólogo encontramos: «Porque yo, como lo he repetido muchas veces, soy un hombre sin historia, titular de una ya larga vida, tan común como anodina. Y lo digo porque no me avergüenza difundir esta verdad. Mi tiempo ha transcurrido sin aventuras que importen, sin hechos destacables en lo que atañe al plano existencial...». Autojuicio de quien tiene por cierto ir acabando una vida opaca que además entraña una sinceridad indudable, ya que cuenta tantos años como aquella misma. Apenas si muestra convicción de valores propios estimables cuando, recordando supuestas afiliaciones políticas que se le habían supuesto sin que fueran ciertas, nos dice en el mismo prólogo: «No tuve actuación política de ninguna especie, aunque no haya faltado quien me la atribuyera, basándose con ligereza en el sentido social, polémico y reivindicativo, de mis obras literarias. Coincidió con hombres de diversas tendencias ideológicas en adhesión a causas que estimé justas y humanas: la de la República Popular Española y la antinazi-fascista, particularmente. Pero me mantuve «orejano» con ese esencial sentido individualista de la libertad, propio del criollo que siempre he sido y soy».

Apenas asomos de su riquísima vida interior jugaban en la vida de relación de este hombre, con destellos que a muy pocos llegaban y fueron no bastantes para evitar una supuesta hurañía que no era sino una forma muy especial de timidez, que lo mostraba en una actitud que al trato de relación corriente o formal aparecía como un rechazo rehuyente. Había cauces, sin embargo, en los cuales su personalidad se volcaba caudalosa, mostrando casi efusivamente su alegría de vivir compartiendo afectos y pensamientos. Ciertamente, de estos cauces el más ancho y hondo fue la amistad.

Primeros Encuentros, libro que ya hemos citado, tiene en su pequeñez una gran riqueza que entre sus componentes cuenta un caudal autobiográfico de especial valor porque surge como espontáneo, impen-sado por su autor. El contenido aparece escrito como para hablar de los personajes, todos importantes, con quienes don Serafín fue encontrándose a lo largo de su vida, pero cada uno de ellos lo lleva a decir algo de él y en cada página van surgiendo por citas que entrañan respeto, admiración, solidaridad, reservas – entre muchos otros – los valores que en don Serafín vivían integrando una personalidad honda pero cálida, plenamente

humana. Entre estos valores, seguramente, la amistad cuenta una presencia protagónica.

Las páginas que destina a Julio E. Suarez (Peloduro), el brillante humorista, muestran cuánto era para él la amistad y como sentía su presencia al instante aunque llegara inesperadamente. «Cuando yo supe de quien se trataba no pude contenerme y lo estreché en un fuerte abrazo, porque aquel descubrimiento me produjo una alegría muy grande», dice del momento en que lo conoce. Y agrega: «El destino acababa de colocarme de un modo inesperado, ante la presencia física de quien era, desde antes, un amigo a la distancia. Un amigo espiritual al que debía gratísimos momentos...». Expresiones efusivas que hacen vivo el recuerdo del instante y confirman lo cardinal que era la amistad para don Serafín. Efusividad que en él era casi insólita ya que lo suyo era aquella marcada rehuída a toda situación en la que su estar pudiera ser notorio, embozando todo lo cálido que en su interior había. Quizás que esto, sostenido día a día, fue relegándolo, apartándolo en el rincón casi rural, que fue últimamente su hogar, hasta determinar que, lamentablemente, el año 2005 transcurriera sin que se marcara con el relieve merecido que en el mismo se cumplieron tres fechas mojonales en la vida de Serafín J. García: un siglo de su nacimiento (13 de julio de 1905), setenta años de la primera edición de *Tacuruses* y veinte de su muerte, ocurrida el 29 de abril de 1985.

TACURUSES

Don Serafín escribió sus esperables versos juveniles hoy desconocidos, según él merecidamente olvidables. Cabría preguntarse si lo serían tanto, recordando lo dicho anteriormente de lo difícil que le era reconocerse virtudes apreciables, pero lo cierto fue que los mismos tuvieron el destino propio de tanta estrofa juvenil que se ha borrado en el tiempo. Pero en el caso de don Serafín importa anotar que él puso especial empeño en que esto ocurriera con los suyos, por una circunstancia seguramente desconocida por muchos y que, sin embargo, se conoce por él mismo ya que la comentó más de una vez. A él, inicialmente, no le atraía el verso y sentía en cambio a la narrativa como la forma de expresión más afín con lo que pretendía que fuera su decir creativo. Decía la admiración que le producía el éxito que tenían entonces los cuentos de Javier de Viana y Yamandú Rodríguez, en revistas argentinas de grandes tiradas y no menor difusión en el Río de la Plata todo. Sonreía indulgente anotando la, según él, inocencia de sus propósitos de aquellos momentos y decía: «Se me ocurrió, fíjese usted, saltarme Montevideo y conseguir que se editara un cuento mío en Buenos Aires, pensando que ayudara a la receptividad del

mismo el que su autor fuera oriental como aquellos maestros consagrados».

Fueron muchos cuentos enviados y bastante el tiempo que pasó, hasta que un día llegó a manos de don Serafín, que aún vivía en Vergara, un ejemplar de la revista argentina «El Suplemento» conteniendo un cuento titulado «Santos» que llevaba su firma. Entre los componentes de la tremenda emoción que el hecho le produjo se consolidó, como decisión aún más firme el dedicar todo su ahínco creativo a la narrativa.

Pero tal decisión, que pudo privarnos nada menos que del mayor poeta gauchesco del Siglo XX, se vio obligada a ceder espacio a la poesía cuando don Serafín fue trasladado como funcionario policial de la Vergara de su infancia, a la ciudad de Treinta y Tres, capital del departamento. Había allí un ámbito cultural más amplio y rico que incentivaba lo creativo y dos o tres periódicos tenían su espacio para poemas, cuentos, estampas, temas costumbristas, de los intelectuales lugareños, que los había y de apreciables cualidades. Existía asimismo la costumbre de que cada aporte llevara con frecuencia una dedicatoria que el destinatario podía responder, generalmente con una página del mismo género que motivaba la respuesta. Así fue que un día apareció en uno de aquellos periódicos, un poema gauchesco dedicado «A Serafín J. García» y don Serafín, respetando la usanza, publicó días después el poema que tituló «Matrero». Y el pequeño ámbito pueblerino se conmovió profundamente. Porque no faltaban allí quienes poseyeran criterio sólido y amplio como para advertir que aquellas estrofas configuraban un poema de sustancia valiosa, suficiente para ganarle primerísimo lugar dentro del género y anunciaba claramente que el autor era de madera idéntica a la de los más grandes del mismo. Y menudearon las incitaciones y fueron ellas teniendo sus respuestas, reiterándose en cada una de ellas el tratamiento de temas simples y hondos, con el juego de valores esenciales del hombre de nuestro campo, enchumbado en aquella superior sustancia poética que asomara en «Matrero». Hasta que llegó a integrarse un conjunto que por su sola y rica presencia, reclamó hacerse libro. Y surgió *Tacuruses*.

La amistad, ese valor que como ya vimos significó tanto en la vida de don Serafín, fue decisiva para que ello ocurriera. El escribano Ledo Arroyo Torres, desde su puesto de Actuario del Juzgado Letrado Departamental, impulsó y sacó adelante el proceso material y acabando el año 1935 vio la luz aquel libro que resultaría un hito en la poesía popular, con un prólogo de su autoría, acompañado de otro, breve, del autor. En el primero de estos prólogos encontramos un párrafo que algunos, no pocos, recibieron con soslayo por supuestas irreverencias desmedidas y al que, por el contrario, conceptuamos ajustado en función de la calidad poética de *Tacuruses*

todo. Dice Arroyo Torres allí, al citar el poema «Cuerpiada»: «... al describir el cuerpo de la «chiruzza», hace brotar en léxico criollo un verdadero «Cantar de los Cantares»... Juicio que, ya hemos dicho, no entendemos exagerado en absoluto, sino atinado y coherente con la tónica poética de *Tacuruses* que es de aquellas que lleva a quien contacta con ella a sentir ecos o la presencia misma de los textos que llegan a estremecernos a través de los tiempos y las generaciones. Esto se confirmará en otro prólogo que acompañará los poemas de *Tacuruses* a partir de su quinta edición y que firmó don Víctor Pérez Petit.

El nos dirá a raíz de «Hombrada»: «... acusaciones que resuenan con la grandeza épica que tienen las desatadas cóleras del mismísimo Rey Lear...»

Tacuruses tendrá una vida que confirmará a través de las décadas el pleno acierto de ambos juicios que, además nos ayudan a imaginar – la dimensión exacta no nos es alcanzable por tratarse de poesía – la calidad poética de don Serafín, porque a estos trazos clásicos que dictan a Arroyo Torres y Pérez Petit sus afirmaciones, debemos sumar la quizás irrepetida acogida popular que tuvo, también por ello, la obra mayor del poeta de Treinta y Tres. Agreguemos que tenemos por cierto que cuando la tónica clásica y la popular suenan armónicas, estamos ante una máxima creación del hombre.

Casi unida con la primera edición debió salir una segunda y una tercera y otra y otra, en una sucesión que no sabemos si llegó a darse con otro libro en la historia de nuestra literatura. En 1978 una de las editoriales que publicó la obra dijo ir en las ochenta ediciones, expresando entonces Domingo L. Bordoli. «...no pasa un día sin que en un quiosco, andén o librería se venda un ejemplar de *Tacuruses*». Su «Orejano», vuelto canción, es un hito del llamado canto popular que estremece los públicos y enciende los aplausos más fuertes; en nuestra campaña no fue extraño el analfabeto que decía estrofas y poemas íntegros y sonará a leyenda pero es simple verdad que en tiempos de «tropeadas», más de un ejemplar viajó en la maleta o la caña de la bota de algún tropero.

Después de *Tacuruses*

Tacuruses fue consagratorio. Hubiera conseguido su autor ganar, solamente con él, un sitio saliente en nuestra literatura. Bien pudo haber sido un autor genial de un solo libro, ya que la calidad creativa de su primera obra era bastante para ello. Pero, aunque dejando aquel lenguaje campesino excepcional por lo genuino – su lengua madre en realidad – publicaría luego *Tierra Amarga*, *Raíz y Ala*, *Romance de Dionisio Díaz y Flechillas*,

en poesía. Y en prosa –recordemos su vocación narrativa que el pensara excluyente– los cuentos de *En Carne Viva*, *Burbujas*, *Barro y Sol*, *Asfalto y Agua Mansa* y agreguemos las páginas con reflejos autobiográficos de *Primeros Encuentros*.

Recordamos, además, por lo menos dos revistas humorísticas de alto nivel de contenidos y no menor respuesta de lectores como *El Tero Imprudente*, en la que publicaría décimas de humorismo político con el seudónimo Juan Pimienta y, muy especialmente *Peloduro*, en la que la pluma de don Serafín aportó páginas memorables que luego fueron libros de enorme acogida: los *Cuentitos Fogoneros* y *Los Partes de don Menchaca*, para los cuales el seudónimo utilizado fue Simplicio Bobadilla.

Continuemos en la creación narrativa, pero en este caso destinada al niño. Diremos simplemente que entre los escritores nuestros que crearon con tal fin –hubo felizmente muchos– él fue uno de los de obra más lograda y de más altos valores formativos. En ella se destacan la más genuina versión, la que mantiene íntegra la esencia popular de *Las Aventuras de Juan El Zorro* a las que unió, en la misma época una novela que durante muchos años, por la respuesta recogida año a año – reiteremos – en nuestras clases escolares, podemos decir que es de lo mejor que se ha escrito para niños en nuestro país. Le ganó a su autor una mención de honor en un certamen mundial realizado en la ciudad de Bolonia (Italia). Se titula *Piquín y Chispita* – un tucutuco y una lagartija – él temeroso y ella osada y vivaz, ambos pichones, que emprenden el clásico viaje de las sagas infantiles por su mundo – nuestro mundo campesino –, conviviendo con su fauna y su flora que conforman un singular escenario protagónico y en el cual afrontan mil aventuras.

En la época en la cual el organismo que regía la acción de nuestra Escuela Pública se llamó Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal, por la década de los cuarenta, este organismo editó una revista que se llamó *El Grillo* la que marcó una época memorable pues allí colaboraron destacados escritores, historiadores, profesores, maestros, con páginas escritas e ilustraciones. Allí colaboró asiduamente don Serafín y posteriormente sus trabajos integraron libros como *El Totoral*, *Blanquita* y *Estampas Uruguayas*. Todos ellos con contenidos de riqueza formativa, aportando al niño, en ameno y rico desarrollo, nuestra vida campesina en su cabalidad.

Finalmente, anotemos sus trabajos de antólogo. De especial valor, ineludibles diríamos, para todo quien quiera tener idea válida de nuestra literatura gauchesca. A dos de sus títulos en esta área ya los hemos nombrado: *Panorama de la Poesía Gauchesca* y *Nativista del Uruguay* editado en 1941 y *Panorama del Cuento Nativista en el Uruguay* que se

publicó en 1943. Agregamos ahora *10 Poetas Gauchescos del Uruguay* que se editó en 1963, para Editorial Blundi.

Si el lector ha seguido estas líneas, seguramente no sentirá que nos hayamos excedido en afirmaciones laudatorias sin contenido, confiando en que lo expuesto le será suficiente para aceptar nuestra reiteración final de que Serafín J. García, es una de las altas figuras de nuestra literatura toda.-